

Carlos Frontera

Andar sin ruido



Editorial Páginas de Espuma
91 522 72 51 || ppespuma@arrakis.es
Información: www.paginasdeespuma.com

El compromiso de un autor novel al año

Pablo Andrés Escapa, Javier Sáez de Ibarra, Isabel Mellado, Mariana Torres o Valeria Correa han publicado su primer libro con nosotros. Son escritores que han venido para quedarse con nosotros, con sus lectores y con todos los libros que aún están por venir. Páginas de Espuma publica cada año el libro de un novel. Nos gusta compartir la ilusión, el temblor y la magia de una primera vez. Nos gusta que los lectores descubran una forma de ver las cosas, de sentir el mundo, de hacer literatura. Carlos Frontera (Sevilla, 1973) con *Andar sin ruido* es nuestra propuesta del 2017.



© Isabel Wagemann

Andar sin ruido

En los buenos cuentos, como en la vida, los silencios importan y definen y lo condicionan todo: el silencio de una novia cuando abandona a su pareja; el de un objeto que está a punto de estrellarse contra el suelo y se detiene de pronto; el de una risa en la cocina que ha dejado de oírse; el de unos pies que avanzan de puntillas; el de un salón con todos los muebles pegados contra la pared; el silencio que sigue a ciertas palabras que, nunca, nadie (ni un niño, ni un adulto) debería escuchar ni haber escuchado. Jamás. Jamás.

Con su primer libro, armado con una maestría sorprendente para manejar ese silencio y la profundidad de las historias que narra, Carlos Frontera retrata en *Andar sin ruido* — con un estilo incisivo y rotundo, pero al tiempo hilarante en el que hasta una onomatopeya es capaz de desencadenar la catástrofe— el vacío que queda cuando no queda nada que decir, el ruido que provoca algo que se rompe, lo que queremos incluso cuando dejamos de querernos.

Entrevista

Un primer libro. Imaginamos muchas lecturas, mucha escritura, necesarias para un primer libro. Sin embargo, este es el suyo. ¿Estado emocional?

Raro. Raro tirando a felicísimo, puntualizo. Llevo escribiendo veintitantos años —con pausas para hacer pipí, querer a hierro y recomponerme tras la debacle, claro— y, hasta hace bien poco, no me planteaba eso de publicar. Miento: cuando rondaba los veinte años sí lo contemplaba, pero por fortuna se me pasó pronto la tontería y entré en razón —sólo de pensar que alguna editorial me hubiese publicado lo que escribiría entonces hace que se me corte la respiración y se me hiele la sangre, uf—. Como lector voraz me topo no pocas veces con libros para quitarse el sombrero, auténticas maravillas escritas de arriba abajo y de izquierda a derecha, y pensar en publicar lo mío me producía cierta vergüencita. Cierta vergüencita y algo —o mucho— de miedito, a qué negarlo. Ahora bien, que no me plantease publicar no significa que no escribiese. La pulsión, la necesidad o las ganas siempre han estado ahí y, mal que bien, no he dejado de emborrionar papeles, la mayoría de ellos con vocación de cuentos. Durante estos años, no pocas veces algún amigo o expareja me han animado a intentar publicar pero yo siempre salía con lo mismo: con que no hay que publicar a cualquier precio — otra cosa no, pero las excusas las tenía bien trabajadas—. Sea como fuere, al final me envalentoné, al final tres personitas adorables a más no poder me persuadieron lo suficiente y, después de tantísimo tiempo autoconvenciéndome de la no necesidad de publicar lo mío, después de tanto perfeccionar mis argumentos para justificar tal decisión, verme ahora de este lado del libro me llena de extrañeza, me dibuja una mueca de sí o qué que no se me va ni mientras duermo. Y verme además en *Páginas de Espuma*, la editorial de referencia del cuento en español en la que han publicado tantos autores admiradísimos —de esos ante los que no queda otra que quitarse el sombrero—, me causa, eso, un pasmo bien gordo y también una felicidad de las buenas, de esas en las que no me importaría quedarme a vivir.

Su libro parece girar en torno a unas cajas que esconden el dejar de quererse y el quererse, el salvar el quererse y el buscar el quererse. Ese umbral, que está teñido de tristeza y comicidad, de dramatismo y de comedia, ¿es fértil para su literatura, para este primer libro?

Me interesa mucho esa frontera en la que una relación se desmorona y empieza a ser otra cosa distinta, aún sin definirse del todo, ese espacio incierto y resbaladizo en el que lo mismo te puedes dar un trompazo que salir con más impulso. A ese intervalo efímero y borroso se suele llegar hecho una piltrafa y apenas sin fuerzas, aunque también con una pizca de esperanza precisamente por esa indefinición, por la posibilidad de que aún se pueda arreglar lo que está torcido y la situación se revierta. Es bajo esas circunstancias, bajo ese estado de ánimo —o de desánimo—, cuando lo trágico y lo cómico se dan la mano —un trompazo tiene siempre algo de hilarante, tanto más cuanto más morrocotudo—, es bajo esa premisa de defensas por los suelos y nervios a flor de piel cuando un gesto o una palabra pueden desencadenar tanto una risa floja como un llanto de aúpa. Creativamente, ese umbral en el que lo mismo puede darse una cosa o su contraria lo encuentro muy atractivo por lo que tiene de inesperado, de sorpresa a la vuelta de la esquina, de a ver qué pasa. Me gusta transitar esa tierra de nadie en la que ambos extremos son posibles y las reacciones no obedecen necesariamente a la lógica de una concatenación en la que si A entonces B de todas todas.

La familia como espacio escenográfico, con distintos papeles que juegan especialmente las madres, deambulan en sus páginas. ¿La familia es esa especie de laboratorio donde giramos en una rueda?

La familia tiene guasa. Literariamente hablando es un filón, eso sí, pero en carne y hueso la familia se las trae. Para lo bueno y para lo malo, nunca somos más auténticos, más nosotros, que tras la paredes de casa, nunca somos tan adorables ni tan crueles, tan pasionales ni tan muermos, tan como unas castañuelas ni tan valiente hijo de puta. A medida que nos vamos alejando de casa y lleno por favor, y quiero el informe encima de la mesa para antes de ayer, y el gol fue en clarísimo fuera de juego, vamos agregando capas, abalorios, estratos, y vamos siendo progresivamente menos nosotros. Cuántas sorpresas nos hemos llevado al conocer de pronto que el vecino de enfrente era un asesino en serie, o un político corrupto, o incluso un escritor, con lo buena persona que parecía. Tanto es así que, para ojos ajenos, frecuentemente casa carece de verosimilitud, el relato de casa tal cual, sin el aderezo de la ficción, suele resultar poco creíble, hiperbólico, pelín exagerado. Por su condición íntima y a resguardo de mirones, casa es el escenario perfecto para los mejores y los peores sueños, y eso es algo que no se puede desperdiciar así como así. Si quieres conocer la naturaleza humana en todo su esplendor, con sus luces y sombras, nada como llenar casa —cualquier casa— de cámaras ocultas y darle al Rec. En cuanto al papel de las madres, no sé, supongo que tiene que ver con que pertenezco a una generación en la que las madres no trabajaban —fuera de casa, se entiende, con un contrato con dos firmas estampadas y nómina a fin de mes— y su presencia era permanente, no así la de los padres, con lo que nada es más familia que una madre.

Nos ha interesado mucho la simbología de algunos objetos y espacios como reflejo de lo que está sucediendo o como desencadenante de algo que va a pasar o debía pasar de todas formas. Explíquenos este tipo de labor en su libro.

Vaya uno a saber. Quiero decir: ni repajolera idea. Me explico: por lo general, escribo tal que así: de pronto se me presenta una imagen venida de quién sabe dónde —una imagen poderosa, o desconcertante, o molona—, o bien el tipo que dicta las frases que aún no existen me regala una para enderezar una tarde tontorrón. Cuando esto ocurre, me hago el interesante —o sea, el longui—, lo dejo estar y, si transcurridas unas semanas la imagen o la frase me siguen rondando la cabeza, tomo cuaderno y boli y empiezo a escribir sin más, automáticamente que diría aquel, sin planificación, y de esa improvisación a raíz de tal imagen o cual frase resultan a veces objetos o espacios que cobran protagonismo, que se erigen en una suerte de símbolos de algo que no comprendo del todo ni trato de comprender. No todas esas improvisaciones llegan a buen puerto —a buen cuento—, claro está. En verdad, son pocas las que tienen el potencial suficiente, pero, en cuanto doy con una que creo que sí, la trabajo a muerte y trato de convertirla en cuento. Con esto quiero decir que, por regla general, los espacios y los objetos que pululan por mis cuentos no son premeditados, no obedecen a una intención anterior al cuento, sino que más bien emergen de alguna capa del subconsciente a medida que escribo y yo no les digo no, pero tampoco les hago preguntas ni les pido explicaciones. Bien es cierto que, si hago un repaso mental de los cuentos del libro a la luz de esta pregunta, no me resulta complicado encontrar conexiones entre los objetos y los espacios que aparecen y experiencias personales asociadas a ellos, experiencias por lo general chungas tirando a jodidas, lo cual me provoca sus buenos escalofríos y qué cosa el subconsciente y parece que va a llover, ¿no?

Muy interesante es el uso de la lengua, con raíces en lo oral. ¿Cuál es el objetivo de este uso lingüístico?

La verdad verdadera es que me siento cómodo con esa forma de expresarme, me resulta natural. Luego está la verdad reflexionada: también son palabras, pobrecillas. Siempre me han llamado la atención esos consejos que se suelen dar a los que se inician en la escritura respecto a que hay que evitar el uso de frases hechas, que una cosa es cómo se habla y otra cómo se escribe, como si la utilización de ciertas palabras, interjecciones u onomatopeyas debieran circunscribirse únicamente al ámbito de lo oral. No sé, me parece que esa radicalidad hace que se desperdicie un potencial tremendo de la comunicación oral. Es verdad que suelen ser palabras y expresiones que, de tan usadas, casi han dejado de tener significado —o significación—, es verdad que el lenguaje oral está acompañado de un aliño de gestos y aspavientos que completan las palabras y que no son trasladables al lenguaje escrito, pero creo que hay otra faceta que por lo general se olvida y tiene su aquel: la carga emotiva, tanto en un sentido íntimo como generacional, de estas palabras y expresiones —también de las onomatopeyas, tan poco empleadas en la escritura—. Escribía Roberto Juarroz: “El oficio de la palabra, / más allá de la pequeña miseria / y la pequeña ternura de

designar esto o aquello, / es un acto de amor: crear presencia". Y no puedo estar más de acuerdo. En ese sentido, los vulgarismos tienen mucho más poder sugestivo que palabras por así llamarlas literarias —palabras que solemos encontrar en los libros pero que nunca empleamos en una charla entre amigos—. Escribe "búcaro" y verás como no sólo se hará presente un búcaro, sino que también, a los que somos de cierta generación o de determinado espacio geográfico, nos provocará alguna emoción, alguna cosquilla. Lo mismo con expresiones populares, que remiten directamente, además de a un significado, a algún recuerdo. El truco está, en mi opinión, en buscar un equilibrio, en no volverse loco con la oralidad pero tampoco dejarla de lado, en descontextualizarla una mijita para lograr un efecto sorpresa que ya quisieran para sí otras palabras o expresiones más "literarias". Pero claro, a ver quién es el guapo que acierta a racionarlas como es debido y las pone en el lugar adecuado, en el momento justo, y no llena el texto de lugares comunes que ni fu ni fa. Ese es otro cantar, otro contar. Tengo expresa autorización suya – me la dio por escrito cuando lo visité hace años en la Universidad Miskatónica, donde enseña- para contestar a todo lo que le afecte en su relación con la ficción. Sin embargo, solo en muy contadas ocasiones he accedido a responder a una entrevista, y esta es una de ellas...

En librerías españolas el 6 de septiembre

ISBN 978-84-8393-221-6 | 160 pp | 15 euros